

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 30 de abril de 1897.

Núm. 3.º

FLORALIA

FLORES DE MAYO



Floralia, la niña hermosa,
la doncella candorosa
nacida para el amor,
por los campos de esmeralda
va recogiendo en su falda
flores de fragante olor.

El niño Amor va con ella,
y él ayuda á la doncella
con entusiasmo y con fe,
porque la hermosa le mima
y de este modo le anima
para que prisa se dé:

— «Amor, tráeme muchas flores
de los más suaves olores
que en el verjel hallarás.
Han de ser muchas, ¿escuchas?;
y tras éstas, otras muchas,
y otras muchas, muchas más.

» Esas flores aromosas
han de ser todas hermosas,
muy hermosas, niño Amor.
Ya sabes que las destino
para alfombrar el camino
del pueblo trabajador.

» Es de mayo el primer día,
y ese pueblo, que en sí fía
para aumentar su nivel,
celebra su hermosa fiesta,
siempre grande, siempre honesta,
siempre digna, digna de él.

» Niño Amor, no te demores;
tráeme muchas, muchas flores
que en el verjel hallarás.
Han de ser muchas, ¿escuchas?;
y tras éstas, otras muchas,
y otras muchas, muchas más.»

A. O.

DIBUJO

de A. Trentín.

CRÓNICA

El señor Castelar, que anda ahora por Andalucía, donde ya la miseria estaba haciendo estragos, ha sido muy agasajado en Cádiz, su tierra natal, por los que tienen como título de honor la circunstancia de ser paisanos del ilustre charlatán.

Dícese que á don Emilio le conmovieron mucho las manifestaciones de simpatía de que fué objeto, porque le recordaban las que se le hacían en la época de sus mayores triunfos.

La conmoción es natural; pero no debió olvidarse el extribuno de que sus paisanos son muy guasones.

Y no tendría nada de particular que esas manifestaciones se hubiesen reducido á pura guasa.

Los periódicos dicen que don Emilio oyó misa en la catedral.

Sería en acción de gracias por el recibimiento.

Porque sólo á Dios le es dado hacer el milagro de que Castelar sea recibido afectuosamente por los que saben cómo brujulea.

* * *

La causa de los helenos en la cuestión de Grecia con Turquía no tiene motivos para prometérselas muy felices.

Los turcos, con mucha más fuerza numérica que los griegos, han empezado á obtener importantes victorias.

Por los griegos aboga con mucha razón casi toda la Prensa madrileña.

A los turcos los defienden el *Heraldo* y *El Nacional*.

Pero pasan el tiempo en vano esos dos periódicos.

Son turcos y nadie los cree.

* * *

Las señoras católicas — que andan muy sobradas de tiempo y no saben cómo matarlo — han dirigido una exposición al jefe del Gobierno pidiéndole que no consienta los trabajos que se hacen en las cercanías de Amanuel para la construcción de una iglesia y una universidad protestantes.

Ahora falta que los protestantes dirijan una exposición á los padres ó maridos de las señoras católicas para que no permitan que éstas se metan en camisa de once varas.

Y para que no les dejen descuidar los quehaceres domésticos.

Porque tendría gracia que en casa de esas señoras hubiera calcetines con *puntos* mientras ellas estuviesen poniendo los puntos sobre las *ies* á los protestantes.

* * *

Al general Polavieja le concederán la gran cruz de San Fernando en premio á los servicios que ha prestado en Filipinas.

Dada la conducta que ha seguido en el Archipiélago, el general Polavieja es acreedor á una cruz roja más bien que á una cruz de San Fernando.

Aunque no sea más que por el simbolismo.

* * *

Los trabajadores andaluces, estimulados por el hambre, asaltan las tahonas y cuanto hay que asaltar para dar satisfacción al estómago, que no admite dilaciones.

Las autoridades de aquellos pueblos en que tales hechos se manifiestan reclaman pronto auxilios, y el Gobierno manda guardia civil.

Pero ¿es comestible esa guardia?

* * *

¡Oh, la enseñanza de los jesuitas! Dos veces ¡oh!

A un niño que asistía al colegio que los *loyolas* tienen establecido en la calle de Raimundo Lulio le dió tan soberana tunda uno de los padres que componen el profesorado, que se hicieron necesarios los oficios de la Casa de socorro.

Fiense ustedes ahora de la aparente humildad de los jesuitas.

* * *

Me olvidé de decir en el número anterior que mi querido colega LA LUCHA DE CLASES había sido denunciado nuevamente.

Creí después que podría matar dos pájaros de un tiro en este número dando cuenta de otra nueva denuncia; pero me equivoqué afortunadamente.

LA LUCHA no ha vuelto á ser denunciada.

Aunque parezca mentira.

* * *

El Imparcial de ayer dice que la fiesta obrera de 1.º de mayo pasará casi inadvertida, porque «son muy escasas las clases que se proponen no trabajar».

¡Vaya una salida! Pues basta con que celebre la fiesta *una sola* clase.

La clase trabajadora.

* * *

Mientras los seminaristas de Teruel daban hace días una serenata á los padres jesuitas, numeroso público obsequiaba también á éstos con una *pita* mayúscula.

Algunos de los que pitaban fueron detenidos de orden del gobernador.

¿Por qué? Eso es lo que yo no me explico.

Supongo que los de la *pita* se disculparán de su acción diciendo:

— Nosotros también queríamos dar serenata á los jesuitas, y, á falta de otros instrumentos, tuvimos que recurrir al pito.

Y el gobernador no tendrá más remedio que bajar la cabeza.

* * *

La Agrupación socialista y las Sociedades obreras de Madrid celebrarán mañana la Fiesta del

Trabajo con un *meeting* y una jira campestre. El primero se celebrará, por la mañana, en el Salón de Variedades, y la segunda, por la tarde, en el restaurant de la Bombilla.

Conque ya lo saben ustedes.

* *

El ministro de Hacienda está aguzando el ingenio — que no le falta para estas cosas — con el fin de hallar en nuevas operaciones financieras recursos con que hacer frente á las guerras de Cuba y Filipinas.

Ya podemos echarnos á temblar los que pagamos estas ingeniosidades del ministro de Hacienda.

Porque de nuestro cuero han de salir los recursos que busca y que — ¡ay! — encontrará seguramente.

LÁZARO VIRTO.

MANEJOS DE LA REACCIÓN

El clericalismo hace titánicos esfuerzos por conseguir una retrogradación en el espíritu de nuestras leyes y costumbres. No quiere convencerse de que su predominio en la vida presente y futura de la sociedad es una cosa de imposible realización.

Prevaliéndose de las complacencias que para él tienen los Gobiernos más ó menos liberales, atrayéndose ciertos elementos que juzga utilizables para la madurez de sus propósitos, haciendo uso de toda clase de artes y artimañas á fin de ahogar en germen las ideas que se inician fuera del estrecho círculo en que quiere aprisionar la mente de los hombres, el clericalismo trabaja sin descanso, sordamente unas veces, otras veces de un modo manifiesto, para conseguir que la acción de su influencia llegue á tener las mayores proporciones.

No es poco lo que consigue. El fruto de sus afanes está revelado por el número escandalosamente crecido de iglesias y conventos que en todas partes se levantan mientras muchos pobres carecen de habitación.

El clericalismo interviene en la enseñanza, logrando casi siempre que los profesores sean dóciles instrumentos suyos.

Pone obstáculos á las tendencias modernas de la literatura, teniendo á su servicio autoridades, como el alcalde de San Sebastián, que prohíben la representación de *La Pasionaria*, *Juan José* y otras obras dramáticas no ajustadas, según parece, al patrón de la ortodoxia.

Persigue los periódicos que se hallan distanciados de él cuando comprende que les puede causar algún perjuicio, como está haciendo con *La Voz Cantabra*, de Santander, cuya lectura ha sido prohibida por el obispo de aquella diócesis.

Establece Círculos católicos de obreros con el fin

de apartar á la clase trabajadora del camino que habrá de conducirla más derechamente al término de su esclavitud.

Logra influir en el ánimo de los consejeros de las grandes Compañías para que éstos hagan que sus empleados cumplan rigurosamente con los preceptos de la Iglesia.

Se introduce en el sagrado de la familia, por medio del confesionario, para lograr que ninguno de los miembros que la constituyen se aparte de la buena senda.

En todo mete baza y de todo saca algún partido.

Mirada por encima esta labor del clericalismo, parece que representa algo muy importante, algo que podría ser causa de inquietud para los que aman el progreso con todas sus consecuencias; pero en el fondo todo es pequeño, todo ruin, todo provocador de un desdén encogimiento de hombres.

Sin la llave de la convicción no pueden entrar las ideas en ningún cerebro, y en vano el clericalismo se esforzará por arrastrar hacia su lado á quienes conscientemente no pueden transigir con desacreditadas rutinas.

La pretensión de poner barreras al progreso es tan grande locura como la pretensión de poner barreras al mar. Cada época tiene sus leyes, sus costumbres, su manera de ser, y la manera de ser, las costumbres y las leyes que el clericalismo pretende aclimatar en los tiempos que corren, ni se acomodan al espíritu dominante en la generalidad de las gentes, ni pueden coexistir bienamente con él.

Se equivocaba Gambeta cuando decía: «El clericalismo: he aquí el enemigo.» El clericalismo no es *el* enemigo; es *un* enemigo... y nada más.

Vana es, pues, la tarea á que ese elemento de reacción viene entregado con ciego empeño. Logrará el clericalismo levantar muchos conventos y muchas iglesias; pero acaso no sea tarde cuando esas fundaciones, perdiendo su carácter primitivo, dejen de ser centros de fanatismo y reacción para convertirse en templos consagrados por la ciencia y por el arte al fructuoso culto del progreso indefinido.

JOSÉ ROZAS.

CARTAS DE ENGELS

SOBRE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

II

... Entendemos por condiciones económicas, las cuales miramos nosotros como la base determinante de la historia de la sociedad, la manera como los hombres de una sociedad dada producen sus me-

dios de vida y cambian entre sí los productos (en tanto hay división del trabajo). La *técnica* entera de la producción y del transporte está, pues, comprendida en ellas. A nuestro modo de ver, esta técnica determina también la manera del cambio y de la distribución de los productos, y así, desde que se disolvió la sociedad gentil, la división de las clases, las relaciones de señorío y vasallaje, el Estado, la política, el derecho, etc. Están además comprendidas entre las relaciones económicas el asiento *geográfico* en que éstas se realizan, los restos de los estadios anteriores del desarrollo económico que se hayan conservado á menudo sólo por tradición ó *vis inertiae* (fuerza de inercia) y, naturalmente, también el medio exterior que rodea á la sociedad dada.

Si es cierto que, como usted dice, la técnica depende en gran parte del estado de la *ciencia*, lo es mucho más que ésta depende del estado y de las necesidades de la *técnica*. Una *necesidad técnica de la sociedad hace adelantar la ciencia más que diez universidades*. Toda la hidrostática (Torricelli, etcétera) fué llamada á la existencia en los siglos xvi y xvii por la necesidad de regular las corrientes de agua de las montañas de Italia. De la electricidad sólo sabemos algo racional desde que se descubrió su empleo técnico. Desgraciadamente, en Alemania se han acostumbrado á escribir la historia de las ciencias, como si hubiera caído del cielo...

Consideramos las condiciones económicas como causantes en última instancia del desarrollo histórico. Pero la *raza* misma es un factor económico.

Hay dos puntos que es necesario no perder de vista:

a) El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., depende del desarrollo económico. Pero todos ellos actúan á su vez unos sobre otros y sobre la base económica. No es que la situación económica sea la única causa activa, y las otras tengan sólo un papel pasivo; lo que se pasa es una acción recíproca sobre la base de la necesidad económica, que es la que domina en última instancia. El Estado, por ejemplo, obra por medio del proteccionismo aduanero del libre cambio, del buen ó mal sistema rentístico; y hasta el abatimiento mortal y la impotencia del pequeño burgués alemán, debidos á la miserable situación económica de Alemania de 1648 á 1830, traduciéndose primero en pietismo, después en sentimentalismo y en una rastrera sumisión á los príncipes y á la nobleza, no han dejado de tener su acción económica. Ellos fueron uno de los más grandes obstáculos al Renacimiento, y sólo desaparecieron cuando las guerras de la Revolución y de Napoleón hicieron aguda la miseria, hasta entonces crónica. No se trata, pues, como algunos cómodamente lo suponen, de una acción automática de la situación económica, sino que los hombres hacen por

sí mismos su historia, pero en un momento dado y sobre la base de las circunstancias reales existentes, entre las cuales, cualquiera que sea el influjo de las circunstancias políticas é ideológicas, sólo las económicas son decisivas en última instancia, y dan el hilo que nos conduce á la comprensión de la situación al través de todas ellas.

b) Los hombres hacen por sí mismos su historia; pero hasta ahora no siguen un plan de conjunto, de acuerdo con el conjunto de las voluntades, ni siquiera en una sociedad limitada. Sus tendencias se entrecruzan, y en todas las sociedades domina, por consiguiente, la necesidad, cuyo complemento y apariencia es la casualidad. La necesidad que aquí se impone, al través de todas las casualidades, es en definitiva también la económica. Y aquí tenemos que ocuparnos de los llamados grandes hombres. Que aparezca uno de ellos, y precisamente uno dado en cierto momento y en un país determinado, es naturalmente casual. Pero quitémoslo, y habrá pedido de un reemplazante, el cual aparecerá mal que bien, pero aparecerá á la larga. Ha sido casual que el corso Napoleón fuera el dictador militar necesario para la República francesa, agotada por sus propias guerras. Pero que, á falta de un Napoleón, otro hubiera ocupado el puesto, está probado por el hecho de que siempre se ha encontrado el hombre una vez que ha sido necesario: César Augusto, Cromwell, etc. Si Marx descubrió la concepción materialista de la historia, las obras de Thierry, Mignet, Guizot y de todos los historiadores ingleses hasta 1850 prueban que ya se marchaba hacia ella, y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan prueba que ya había llegado el tiempo en que *tenía* que ser descubierta.

Lo mismo con todas las otras casualidades y aparentes casualidades de la Historia. Cuando más se aleja de lo económico el campo que investigamos, y más se acerca á lo abstracto é idealógico, tantos más accidentes encontraremos en su desarrollo, tanto más en zig-zag es la curva de su marcha. Pero si dibujamos el eje medio de la curva, encontramos que cuanto más largo es el período, y más vasto el campo considerado, tanto más paralelamente marcha ese eje respecto del eje de la curva del desarrollo económico.

En Alemania el gran obstáculo para la comprensión correcta es el desvío de la historia económica en la literatura. ¡Es tan difícil desprenderse de las ideas históricas que se adquieren en la escuela, y aun más tocar llamada al material necesario para ello...! ¿Quién, por ejemplo, ha leído al viejo G. von Gülich, que en su seca colección de materiales contiene, sin embargo, tantos elementos para explicar innumerables hechos políticos?

Ruego á usted que no pese cada una de las palabras anteriores en la balanza de precisión, sino que se haga cargo de las relaciones y del conjunto.

Siento no tener tiempo para escribir á usted con la precisión que exige la publicidad...

F. ENGELS.

EL 1.º DE MAYO

Ya empiezan á temblar los haraganes;
ya empiezan á esconderse los bribones;
ya oculta el millonario sus millones,
y cada cuál adopta ya sus planes.

Suponiendo quizá que haya desmanes
en castigo á sus pérfidas acciones,
no encuentran suficientes precauciones
ni les parecen muchos sus afanes.

Pero, por más que escuden las miradas
de sus acreedores, los obreros,
y tengan sus maletas preparadas,
sólo conseguirán, con ser ligeros,
enseñarnos que, «á cuentas no saldadas,
los que temen *emigran* los primeros».

J. PÉREZ CASAS.

MÉTODO

PARA ESTUDIAR EL PROBLEMA SOCIAL (1)

III

He conocido un tiempo, no muy lejano, en que toda alusión al *ideal* tenía el privilegio de provocar las iras ó burlas de las gentes, imaginándose éstas que ciertos delirios del idealismo autorizaban los errores y considerando el ideal como algo extraño, misterioso, sobrenatural, que descendía del cielo cual un areolito y brotaba al azar de alguna delirante imaginación. ¿He menester decirles que el *ideal* á que me refiero no tiene ningún carácter de esa naturaleza?

Desde luego, es puramente humano; ligado íntimamente á la realidad está como la planta á la tierra que la nutre; ha nacido de esa misma realidad. Es una concepción de la vida y del mundo, cuyos orígenes son diversos: tan pronto aparece como un instinto, como una fuerza hereditaria en que reviven las aspiraciones de nuestros abuelos, teniendo así las más hondas raíces en nuestro sér, como representa una suma de nociones, viniendo del fondo de los siglos transmitidas de generación en generación, é incorporadas al cerebro desde la primera infancia; en la mayoría de los hombres se desarrolla y modifica al día por sugestión en unos, por imitación en otros, frecuentemente por reacción

(1) Trabajo presentado en el *Colegio libre de ciencias sociales* de París por el profesor de la Universidad de Lausanne M. Georges Renard, y traducido al español para esta revista por Ubaldo Romero Quiñones.

contra las impresiones exteriores que hieren nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia.

Cualquiera que sea desde luego el origen de las ideas que constituyen el ideal, fórmese por la raza, por el temperamento, la educación, la experiencia y la reflexión personal, por la ciencia y la Historia, ó por todo á la vez, poco importa: en puridad, los elementos que le constituyen tomados están de la realidad que nos envuelve y nos contiene. Y si se deriva de la realidad, á la realidad llega, porque siendo una regla de juicio, es una regla de conducta inevitable. Así tiende á transformarse en hecho, á realizarse, en fin, según se afirma, entre la realidad creadora del ideal y el ideal creador de la realidad, un movimiento de vaivén continuo, que es á la vida social lo que al mar el flujo y el reflujo. Este ideal ¿tiene un valor absoluto? Evidentemente no, puesto que es humano. Varía de altura y de naturaleza, según las gentes, los tiempos y los países. Por elevado que sea ó quiera ser, refleja fielmente la imperfección de nuestros conocimientos y de nuestra moralidad. Aunque rebase lo existente, lo contiene, no solamente por sus raíces, por sus errores posibles y hasta por sus defectos evidentes. ¿Es decir por esto que sea inútil ó impotente para mejorar la sociedad actual? No por cierto. Desde luego se eleva muy por encima del estado actual, y exige, para llegar á su posesión, una ó varias etapas. Y después, no siendo más que un punto de tránsito, ¿quién impedirá á las generaciones futuras que lleguen más allá? Estarán libres, mejor dicho, se verán obligadas á concebir otro ideal que, nacido de una realidad menos imperfecta, será, por consecuencia, más bello y más amplio, más grande y más luminoso. Hay, señores, una evolución del ideal, paralela y correlativa con la evolución de la realidad. El ideal, á medida que se realiza, se reforma, se rectifica y se perfecciona; ofrece el notable carácter de que avanza y sube siempre ante las miradas de quienes se aproximan. — ¡Perspectiva desconsoladora! — dirán los espíritus superficiales. ¡Perspectiva singularmente estimulante y redentora!, digo yo. Es preciso que el porvenir tenga, como nosotros, su obra á realizar, pues serían bien desgraciadas las generaciones que no la tuvieran si para ayudarlas á vivir no tuviesen el estímulo de los deseos, el goce viril de los esfuerzos, la esperanza de otros medios en la persecución incesante del progreso indefinido.

Desde luego, esta imperfección del ideal, á la cual es preciso resignarnos, es la condición ordinaria y regular á la que está sometido, no solamente en materia social, sino también en todo dominio donde la ciencia pura quiere pasar á la práctica. El ingeniero aplica los principios de la mecánica tal cual hoy existen; no conoce otros. Pero ¿qué? Porque los principios que le bastan hoy serán aumentados, corregidos, completados por la ciencia en lo futuro, ¿hay razón para que se le prohíba llevar á

cabo construcciones subordinadas á la imperfecta ciencia de su época? ¿Por qué vacilaríamos nosotros, cuando se trata de la sociedad, en tomar modestamente, pero con resolución, por guía el ideal tal como puede concebirse y esclarecerse en esta época á medio civilizar en que vivimos?

Si tratase de resumir en una fórmula filosófica lo que acabo de exponer, diría: Por ciertas partes, la sociedad humana es un *organismo* que se desenvuelve espontáneamente, según las leyes que es preciso conocer y cumplir *a fortiori* (y esto fué verdad para las sociedades primitivas); pero por el solo hecho de que este *organismo* está compuesto de seres racionales, capaces de reflexión y de cálculo, tiende á ser un *mecanismo* en que los hombres pueden y deben modificar el movimiento según un plan concebido por su razón. Una grave dificultad se presenta. ¿Cómo determinar el ideal que ha de servirle de guía? ¿Cada uno de nosotros va á constituir en principios sus tendencias y aspiraciones personales? ¿Qué confusión y qué caos brotarían! Esto era introducir lo arbitrario y la infinita variedad de opiniones individuales en un tanteo cuyos resultados no pueden ser útiles sino á condición de obtener la unanimidad ó mayoría, cuando menos, de las conciencias. Y, aun así, es indispensable recurrir á la ciencia. Únicamente no se trata de la ciencia de lo que es, sino de la *ciencia de lo que debe ser*. ¡La ciencia de lo que debe ser! ¡La ciencia del ideal! Estas palabras sonarán tal vez de modo extraño en los oídos de muchas personas. Durante los cincuenta últimos años; durante este gran período realista, del que apenas salimos todavía; durante este largo interregno del ideal, donde el culto de la fuerza y del interés han reinado en absoluto, lo mismo en la teoría que en la práctica, se han dedicado con tanta predilección las gentes al estudio de las ciencias concretas, que las mayorías han llegado á olvidarse de que hay ciencias abstractas, absolutas y puras. ¿Qué es la geometría sino una ciencia del ideal? Ninguno ha encontrado el triángulo perfecto ni el círculo abstracto, sobre el cual se hacen los razonamientos; ninguno se atrevería á negar el valor de las deducciones, principios, teoremas y axiomas que se derivan de la mecánica, física, arquitectura y las artes hijas de estas ciencias puras, sin caer en el más ciego empirismo. Hora es ya de constituir — ó reconstituir, si os parece mejor —, en el dominio de las ciencias morales y políticas, una ciencia abstracta, semejante á lo que es en los de la materia la geometría. No es suficiente construir una sabia psicología, una historia sólidamente documentada, una sociología positiva. Es indispensable sobreponer á todas éstas una ciencia del *ideal humano*, que se dividirá naturalmente en dos ramas concretas y distintas: una *ciencia del ideal individual*, ofreciendo, á imitación del porvenir, un tipo de hombre superior al actual en fuerza, en belleza, en inteligencia y en moralidad; una

ciencia del ideal social, determinando las condiciones de una sociedad mejor, más libre y más justa que la sociedad actual.

(Continuará.)

TRATAS Y TRATOS

Es don Saturio Rubiales
un burgués empedernido
que á sus obreros insulta
por el más fútil motivo,
llamándoles *haraganes*,
canalla y hasta *bandidos*.
Ellos, en cambio, que son
muy discretos y muy finos,
cada vez que de él se ocupan
suelen, con tono sencillo,
llamarle su *digno jefe*...,
justo y apropiado título
que el soberbio explotador
oye siempre complacido.

R. CABELLO.

Valladolid.

DE PATRONO Á MENDIGO

La tarde — una hermosa tarde de abril, con sol de gala y aire tibio y juguetón —, echaba de casa á los vecinos de Madrid y los lanzaba á las afueras en animado tropel.

No son ciertamente las afueras de la corte muy favorecidas por la Naturaleza para contentar de modo fácil el ánimo de los aficionados á la vida campestre; pero, á falta de cosa mejor, tienen que aceptarlas como buenas las gentes que en ciertos días buscan aires puros, árboles y praderas, conciertos de gayos pajarillos... y peleón barato.

Yo soy también de los que se contentan con lo que hay fuera del casco de la población — aunque echo de menos la frescura y lozanía de *mis* pintorescas montañas —, y á veces formo parte de ese tropel que sale del recinto de Madrid para entretejer sus ocios con el simulacro de una jira campestre.

Comprendo que este gusto mío no les importará maldita de Dios la cosa á los lectores; pero ello viene al fin de decir que aquella tarde á que antes me refería busqué en una de las afueras de Madrid motivos de esparcimiento y hallé hondas tristezas que afligieron mi alma con ocasión de una dolorosa escena de que fui testigo y que voy á referir, aunque deslabazadamente, en los presentes renglones.

Gentes del pueblo, francas y de corazón sano, tenían invadido aquel paraje, y merendaban unas en los humildes ventorros, entreteníanse otras en

jugar á la *rayuela* y vagaban las demás de un lado para otro.

Estimulado por el apetito que despertaron en mí aquellas gentes que merendaban, fuí á parar con mi exigente y caprichoso estómago á una mesa que ocupaba, aunque no totalmente, una familia de trabajadores.

Pedí al dueño del ventorro lo que me vino en gana y se ajustó á mis flacos recursos; y mientras satisfacía mi apetito, me enteraba de la conversación de la familia que por el momento constituía mi vecindad. Hablaba aquella buena gente de circunstancias del trabajo, de la honda crisis que trae acoquinados á los obreros, de cómo viven en Madrid muchas familias necesitadas... ¡Qué sé yo!... Aquello era una pintura exacta, fidelísima, de la miseria que sufre el pueblo en la fastuosa corte de España.

En esto llegó á nuestra mesa un hombre como de unos sesenta años, con aspecto de obrero, mirada inteligente y rubor en el rostro. La voz insegura que salía de sus labios formuló de un modo borrroso la petición de una limosna, y el que parecía jefe de aquella familia cogió un pedazo de pan y se le alargó al hombre que pedía. El mendigo se fijó entonces en su generoso protector y soltó el trozo de pan como si le hubiera quemado.

— ¡Pedro! — exclamó con acento tembloroso.

El nombrado por el mendigo estudió las facciones de éste durante un corto momento.

— ¡Cómo! ¿Usted...?

No pudo concluir la frase. La emoción por él sentida ahogó la voz en su garganta.

— Sí, yo — respondió el mendigo como si hubiera adivinado lo que Pedro quiso decir. — Yo soy el que viene á pedir una limosna. ¡Cuánto sufro y he sufrido! ¡A veces siento unas siniestras tentaciones...!

— ¡Conformidad es lo que hace falta! — dijo Pedro queriendo consolarle.

El hombre que pedía, cogiendo con turbación el pedazo de pan que le había alargado mi vecino de mesa, dijo pausadamente:

— Lo cojo porque tengo necesidad de ello. Muchas gracias. Ya te veré otro día y hablaremos más despacio.

Hizo una reverencia y se marchó con las mejillas humedecidas por dos lagrimones.

Hubo un momento de pausa, durante el cual todos pensamos en las vicisitudes de aquel mendigo que acababa de irse.

— ¿Quién es ese hombre? — dijo al fin la que parecía esposa de Pedro.

— Ese hombre fué mi patrono en un tiempo. Se hallaba entonces bien acomodado; pero reveses de fortuna, en los que ha tomado parte principal la *perdición* de los negocios, le han traído á esa miserable situación. ¡Qué lástima! ¡Era un hombre honrado á carta cabal!

— ¿Era un hombre honrado? — dije yo interviniendo en la conversación. — Pues ahora me explica claramente por qué se halla pidiendo limosna.

ALVARO ORTIZ.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ⁽¹⁾

La Cariátide, por *Canta-Claro*. — Un volumen de 290 páginas en 4.º. — Precio, 1,50 pesetas. — Madrid, 1897.

El fecundo escritor sociológico *Canta-Claro*, ó séase D. Ubaldo Romero Quiñones, que no da paz á la pluma en la tarea de escribir para el público, acaba de dar á la estampa una novela acerca de la guerra de Cuba — ó «por la guerra de Cuba», según reza la portada del libro — con el título de *La Cariátide*.

Sin tiempo para leer la obra del señor Romero Quiñones, ningún juicio podemos emitir por hoy acerca de ella.

La Cariátide se vende en casa del autor, Espiritu Santo, 41, principal.

¡Ah! El autor ofrece un buen premio al que acierte el simbolismo que en la obra se presenta.

Aviso á los aficionados.

EPIGRAMA

Complicado en un proceso,
á su padre escribió un hijo
una carta en que le dijo:
«Estoy encausado y preso.
De un millón la cantidad
dicen que he robado yo.»
Y el padre le contestó:
«¡Ay de ti si no es verdad!»

X.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Para tener dinero y acomodo
no es necesario ser una lumbrera:
hay quien, siendo *primera* doble y *todo*,
es *segunda-tercera*.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Piporro.

(1) Se dará cuenta en esta sección de toda obra cuyo autor ó editor nos envíe un ejemplar.

CORRESPONDENCIA

F. M. — Elche. — Recibidas 7 pesetas. Se le envían los ejemplares atrasados que pide y uno más desde el presente número.

J. R. — Tarragona. — Se le envía el ejemplar que tiene pedido.

E. R. — Santander. — Recibidas 11,15 pesetas, que son el completo de su cuenta.

M. G. — Bilbao. — Se le envían nuevamente los ejemplares extraviados.

I. A. — Almería. — Se le enviará la liquidación que tiene pedida.

LUCHA DE CLASES. — Bilbao. — Sólo hemos recibido un número de cambio, y ése hace ya mucho tiempo.

ADVERTENCIA

Con el presente número termina el primer mes de nuestra publicación. Encarecidamente suplicamos a los corresponsales y suscriptores que se hallen atrasados en el pago, se sirvan ponerse al corriente con toda la brevedad posible.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero,
Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, SOMBRERETE, II duplicado, 2.º.

OBRAS

	<i>Penetas.</i>
El Capital , por Carlos Marx. En Madrid.....	2,00
— en provincias.....	2,50
Socialismo y Ciencia positiva , por Enrique Ferri.....	1,00
Miseria de la filosofía , por Carlos Marx.....	1,00
Meeting de controversia en Santander , celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. A. M. Coll y Puig, director de <i>La Voz Montañesa</i> , y el compañero Pablo Iglesias.....	0,20
La Guerra civil en Francia , por Carlos Marx...	0,45
Catecismo socialista , por J. L. Joynes.....	0,80
Ecos revolucionarios , composiciones en verso, por Alvaro Ortiz.....	0,50
El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales , informe escrito por el Dr. Jaime Vera por encargo de la Arupación de Madrid. (Segunda edición).....	0,75
Un tomo de la Biblioteca Socialista , de 400 páginas, conteniendo los cuatro últimos folletos, encuadernado en holandesa ó tapas. En Madrid .	2,00
En provincias.....	2,50
El Comunismo y la evolución económica y Justicia é injusticia del cambio capitalista , por Pablo Lafargue.....	0,20
Las cuatro primeras obras se pueden adquirir dirigiéndose á la Administración de EL SOCIALISTA y á sus corresponsales, y las restantes pertenecen á la BIBLIOTECA SOCIALISTA, que se publica en Madrid por cuadernos de 16 páginas al precio de 10 céntimos. Para asuntos de esta BIBLIOTECA dirigirse á Pablo Cermeño, Espíritu Santo, 18, 2.º.	

PERIÓDICOS

- El Socialista.** — Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 30 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.
- La Lucha de Clases.** — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que EL SOCIALISTA. — Redacción y Administración: Bailén, 41.
- El Grito del Pueblo.** — Aparece los domingos en Alicante. — *Condiciones de la publicación:* Alicante, un mes, 35 céntimos, en el resto de España, un trimestre, 1 peseta. — Redacción y Administración: San Pascual, 3.
- La Voz del Obrero.** — Aparece semanalmente en Ferrol. *Condiciones de la publicación:* Ferrol, un mes, 40 céntimos; en el resto de España, trimestre, 1,50 pesetas. — Redacción y Administración: Dolores, 60, bajo.
- La República Social.** — Sale á luz todos los miércoles en Mataró. — *Precio de suscripción:* 1 peseta trimestre en toda España; número suelto, 5 céntimos. — Redacción y Administración, plaza de Cuba, 10.
- La Aurora Social.** — Aparece cada dos domingos en Gijón. *Condiciones de la publicación:* Trimestre, 0,50 pesetas; paquete de 25 ejemplares, 0,75; número suelto, 5 céntimos. Redacción y Administración: calle de Santa Elena, 24 bajo.